



Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

F. DOMINGO MARQUÉS



Paleta privilegiada
que representa un tesoro,
porque cada pincelada
vale una moneda de oro.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, XVII, por Juan Pérez Zúñiga.—Un examen desgraciado, por José López Silya.—Bibliografía festiva, por Antonio Sánchez Pérez.—Y ¿qué digo?... por Eduardo Bastillo.—El F. Meis, por Eduardo de Palacio.—Filosofía del amor, por Sinesio Delgado.—Siempre por ellas!, por Francisco Aguado Arrial.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADO: E. Domingo Marqués.—La última moda.—Anuncios, por Cilla.



Cierre de tiendas, gritos, pedradas, agitación, alboroto y ruidos de vientre en los ministros responsables.

Hemos pasado unas horas horribles, sin saber qué sería de nosotros. Madrid ofrecía el aspecto de las grandes crisis; circulaban noticias tremebundas; la guardia civil acariciaba los sables; renníanse en grupos los seres levantiscos, y todo era confusión, espanto, recelo, malestar é hipo.

El Gobierno había hecho uso de todos los medios para evitar la dimisión del alcalde.

—¿Pero marqués!—le había dicho Cánovas.—No dimita usted, porque nos parte por el eje.

—Yo soy un hombre serio—contestaba él.

—Tenga usted compasión de mí, que estoy tomando las píldoras antisépticas de Audet, y cualquiera emoción me perjudica. Póngame usted la mano en este vacío, verá usted qué bulto se me ha formado.

El marqués, firme en su propósito, salió de la presidencia dispuesto á dejar la vara, y al día siguiente fué á visitarle Pidal muy tempranito.

—¿Está el marqués?—preguntó al criado.

—Sí, señor; pero se está vistiendo.

—Dígale usted que soy yo: Alejandro.

—¿Es usted del ramo de consumos?

—No; soy del ramo de oradores vehementes, pero atiplados.

El alcalde en aquel momento se estaba lavando con una esponja, pero no tuvo más remedio que recibir la visita.

—Ya sabe usted á lo que vengo—dijo Pidal.—Es preciso que no nos ponga usted en situación difícil. D. Antonio está muy triste. Esta mañana me le encontré llorando, con la cabeza apoyada en el hombro de Vallejo.

—Me es igual.

—Yo apelo á los generosos sentimientos de usted.

—Lo dicho, dicho.

Y como el marqués no cesaba en su actitud, Pidal comenzó á hacerle consideraciones acerca del porvenir del partido conservador y de los estómagos monárquicos. En su deseo de aparecer simpático, todo se le volvía dirigir miradas cariñosas al dimidente y le daba la esponja para que él no tuviera que molestarse.

—No, no se mueva usted; yo se lo traeré á usted todo. ¿Quiere usted el cepillo de la cabeza? ¿Quiere usted que le abra la raya? ¿Le pongo á usted cosmético en el bigote? Me parece que tiene usted hinchado el ojo derecho. Sí, hay un poquito de irritación. ¿Se lo lavo á usted con unas gotitas de agua de colonia?

De nada sirvieron los agasajos del presidente: el marqués se cerró á la banda, y cinco minutos después los comerciantes cerraban las tiendas, y Madrid ardía en indignación sacrosanta.

Hubo varios estacazos por mor del orden público; las tropas se acuartelaron, los agentes de vigilancia abrieron el ojo, y los espíritus apocados dijeron á sus esposas con acento lúgubre:

—Abur, Lorenza. Me despido de ti por si acaso.

—¿Adónde vas?

—Al abismo.

—¿Qué ocurre?

—Ya está ahí ésa.

—¿Quién es ésa?

—La revolución. Por si me sobrevives, te advierto que he guardado la caja de las píldoras en el cajón de la mesa de noche. Cuando tengas que purgarte, tomas una, y si no te hace operación, tomas otra.

La alarma llegó hasta un punto inconcebible. Un funcionario conservador que dormía anoche con su señora y con una escopeta de dos cañones, creyó oír ruido en la calle y se asomó al balcón, dispuesto á contener el torrente revolucionario que le privaba de la nómina; pero el sereno le dijo desde abajo:

—Retírese usted, D. Siro.

—Quiero morir por la patria—contestó él.

—Bueno, ya morirá usted otra noche.

—¿Cuál es el grito de los sediciosos?

—¿Para qué quiere usted saberlo?

—Para darlo, si es que triunfan.

Los guardias de orden público procedieron cuerdamente, puesto que no mataron á nadie. Lo más que hacían era dar con el puño cerrado en las espaldas de los curiosos.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntaban con mucha finura.

—Estoy esperando á la Nemesia, que sale ahora del taller—contestaba el interpelado.

—¿Sí? Pues eche usted para adelante... Pum... pum.—Y el agente de la autoridad descargaba dos ó tres puñetazos sobre las costillas del novio de la Nemesia, pero sin faltarle á las consideraciones debidas.

En fin, hemos pasado momentos de emoción vivísima, gracias al partido conservador, que se esfuerza por proporcionarnos un motín cada ocho días. Cuando ve que se pasa una semana sin gritos subversivos ni rotura de faroles, ya está D. Antonio llamando á las personas de su intimidad, para decirles:

—¿Qué nuevo desatino haríamos mañana para provocar un motín callejero? Discorra usted, porque á mí se me va acabando el repertorio.

—Quien puede servir para el asunto es Romero Robledo.

—Sí, pero está constipado.

—No importa; él es hombre capaz de promover una revolución desde la cama.

Por ahora, parece que ha cesado la agitación, al menos en la apariencia. Los vecinos se dedican á sus ordinarias ocupaciones, y los agentes de la autoridad descansan.

El próximo motín se anunciará por carteles.

LUIS TABOADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

XVII

«Apreciable don Sinesio: Si usted me da su licencia, voy á contarle á usted cómo colecciona las comedias mi señorito, pues él dice que le da vergüenza, porque las hace al contrario que todos suelen hacerlas.

Ante todo, piensa el título que ha de poner á la pieza. Hace en seguida el reparto que ha de tener en la escena; y cuando ya se figura á Julio Ruiz con montera, ó á Mesejo con enaguas ó con frac á la Baeza, principia á forjarse tipos y caracteres... et cetera.

Después apunta los chistes que bullen en su cabeza, pues su memoria es tan mala como el Jerez de á peseta. Y en cuanto ha pensado nombre, tipos y chistes, se encierra en un cuarto que hay en casa entrando á mano derecha, y allí vierte sus apuntes y vierte lo que recuerda, y hasta vierte algunas veces la tinta sobre la mesa.

Como es el tal señorito tan goloso, en su tarea le auxilia en clase de maza.

una amiga confitera que tiene, y junto al tintero pone una caja con yemas; y á cada renglón que escribe se echa al colete un par de ellas.

Así como á otros autores cualquier ruido les molesta, mi señorito no puede hacer ni un verso siquiera si no están al mismo tiempo gritando que se las pelan sus niños, y su señora regañando á la doncella, y una vecina estudiando el fogot, y la portera conmoviendo el edificio con salvajes cantinelas.

Ahora bien, usted dirá: «¿y el argumento? y la idea principal de su trabajo?» ¡Eso es lo último que piensa! Y como son siempre muchas las fatigas que le cuesta desarrollar un asunto, por muy sencillo que sea, lo va dejando, dejando, hasta que el hombre se encuentra que la obra tiene de todo menos asunto y escenas.

El acabar pronto es cosa que otros trabajos le vedan; así es que le dura un año terminar una zarzuela,

y el señorito no sólo tiene la costumbre fea de leer las producciones á algunos de sus colegas, sino que á mí me ha leído junto al fogón muchas de ellas y las he aplaudido... sólo por que no me despidiera.

Pues bien, señor don Sinesio, ¿sabe usted en qué no discrepa mi señorito de todos los demás que hacen comedias, á pesar de que no siguen su estrambótico sistema? En que unas veces le aplauden

y otras veces le patean, y unas obras le dan onzas y otras obras le dan penas.

Pero algo le dan; al menos un día, al ir con la cesta por perejil, pedí cuartos y me dijo: «Toma, prenda, lívate á la plaza todo lo que me han dado las piezas durante el trimestre último.»

Y me soltó cinco perras! Ya no sé más, don Sinesio, y consétele que son ciertas las noticias que le manda su servidora

Indalecia.

Doy fe !!

JUAN PÉREZ ZOSIGA.

UN EXAMEN DESGRACIADO

(Conclusión.— Véase el número 508.)

—Le he dao á usted dos golpes en el ojo de la izquierda, na más que con objeto de probar ante toos que aún hay ancianos que tienen los calzones muy bien puestos, y de que vea usted que la fanfarria no va á ninguna parte.

— Hombre, es que un huello aislao no es suficiente pa probarlo, me se figura á mí.

—Pues bajaremos otra vez al corral, y de ese modo serán dos.

— Señor Pepe, no es mi intento agraviar á la digna presidencia; yo emito mi opinión, pero comprendo que puedo estar errao muy fácilmente, porque ninguno es papa.

— ¡Claro!

(En esto,

el noble presidente, irritadísimo, golpea con los cascos en el suelo y exclama dirigiéndose al concurso con acento viril:— ¿Quién es el cerdo que se conduce aquí como si fuera el salón muladar á estercolero?

Varias voces:— Ha sido el Alicáncano!

— ¿Están ustedes seguros?

— Por lo menos tenemos la sospecha.

— Basta! Echarlo ahora mismo á patús del aposento, porque es fácil, si no, que me se suba la sangre á la cabeza y la ensucemos.

— ¡Señor Pepe!

— ¡A la cuedra! *Pausa.* *Alcáncano!*

— ¡Habíamos quedao, en el momento de lesionarle á usted, si no me engaño, en que usted se dedica á toos los géneros; es decir, que *bicho, tira, atraca, china*, ejecuta el *dos, rasca* al encuentro y hace usted multitud de operaciones con tanta habilidad como el primero. ¿No es eso?

— Sí señor.

— Muy bien; entonces sí vea usted explicar lo que es *bicho*.

— Con permiso de usted, yo no he venido precisamente á examinarle de eso, ni hace falta.

— ¡Recencho!

— No hace falta, porque es como si á un cura, por ejemplo, le exigieran saber jugar al tute pa ir á dar los Santísimos Sacramentos.

— Valiente comparanza!

— Sin embargo, como usted al fin y al cabo es un maestro digno de que too el mundo le respete por su trato, su edad y su talento contestaré con gusto á sus preguntas aunque se salga usted fuera del tiste con alguna pampolina

— Ese lenguaje ya prueba más cultura y más respeto.

— Pues bien, *por bicho* se entiende el acto de ir á una platería con jretexto

de comprar una alhaja cualisquiera, pa hacer con ella tal á cual obsequio, y sacarla de gratis, sin que el amo se la regale á usted.

— Pero el *bicho* cómo se verifica?

— Se ejecuta arrempujando así con este dedo y echándose en la manga aquella cosa que le llena á usted el ojo.

— Y si el platero se jama la partida y tié el capricho de salir por guantás, ¿qué hace usted?

— Creo que si llegara á verme en ese caso haría, sobre poco más ó menos, lo que hice en el corral: tomar la puerta, porque yo sé muy bien lo que es mi genio.

— Corriente. Y pa el tirón ¿qué es necesario?

— Talones y quinqué.

— ¡Na más!

— Y pecho.

— ¿Y fuerza no hace falta?

— Como falta...

pa tirar de un tranvía ya lo creo, pero pa echarle meno á cualquier prenda de esas que están colgás en los comercios, sobra la de un mocoso, señor Pepe; salvo lo que usted diga.

— Estoy de acuerdo. Levántese usted ya. La presidencia, que sabe distinguir dónde está el mérito, le aprueba á usted ahora mismo.

— Muchas gracias, y acete usted ese puro.

— Se lo aceto, por más de que es mediano, pa que vean lo servicial que soy.

— Ya lo sabemos.

— ¿Conque estoy aprobao?

— Hasta las cachas.

— Entonces, ¿cuándo?...

— ¿Qué?

— ¿Que cuándo empiezo á maniobrar en las cuestiones húmedas del alcantarillao?

— ¡Anda, salero!

— Si tié usted que esperarse entodavía ocho á nueve á diez años!

— ¿Cuántos?

— Esos.

Como que hay azmitidos treinta y siete pa la primer vacante.

— So cebestro, ¿y por qué no hace usted las azvertencias antes de prencipiar?

— Porque no quiero.

— ¡Sí! Pues déme usted el puro.

— Y un canario.

— Que no me da usted el puro? ¡Ya lo creo!

— Pero cómo, enseguida!

— Usted tié ganas

de perder esta tarde el ojo lleso.

— No hay quién.

— Pa ni que sí.

— Se necesita

haber bastante enjundia pa hacer eso,

y usted es un poco blanco.

— ¡Sí! Pues toma!

— ¡Ay!

— ¡Granujal!

— ¡La hiena!

— ¡Galina!

— ¡Méndigol!

— ¡Refinchos, bofetás, interjecciones...

y perdonen usted es e buña lo.)

J. LÓPEZ SILVA.

BIBLIOGRAFÍA FESTIVA

Cuando, por feliz casualidad, llegó á mis manos pecadoras (esto de pecadoras es locución hecha, porque mis manos desdichadas no pueden ya ser pecadoras), digo que cuando llegó á mis manos el libro titulado *Miscelánea literaria*, cuyo autor es mi tocayo Don Antonio Zozaya, y cuando lei lo que el susodicho Sr. Zozaya aconseja al lector en estas palabras: «aún estás á tiempo; si algo bueno esperas, devuélveme el libro,» tuve tentaciones de seguir el consejo devolviendo el libro á quien me lo había regalado; no lo seguí, y declaro que celebro no haberlo seguido porque, pese á la modestia nada común de su autor, el libro merece ser *saborado*.

Estudios críticos, Artículos literarios, Poesías contiene en sus 158 páginas el libro cuya devolución aconseja el crítico, el arti-

(1) Por no sea y más otra cosa que d. r.

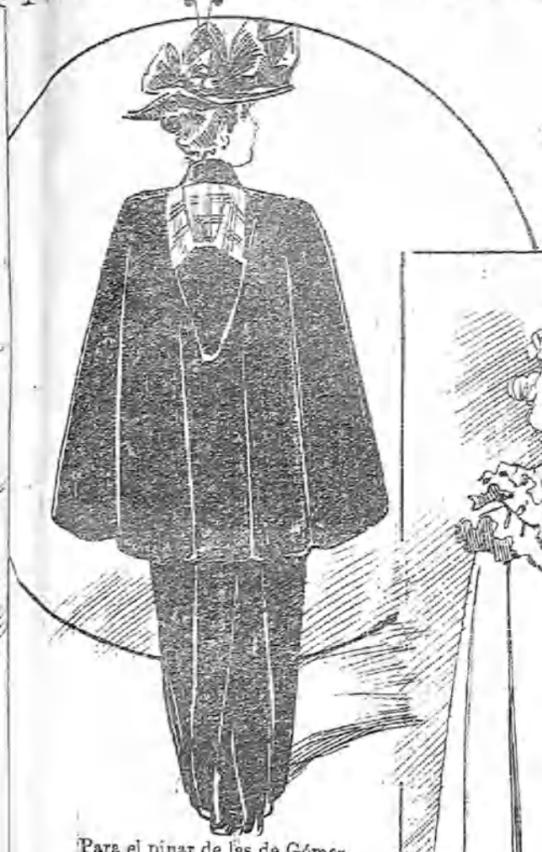
LA ÚLTIMA MODA



Para salir pidiendo pelea.



Para mafiosa.



Para el pinar de las de Gómez.



Para Recoletos.



Para distinguirse de los demás mortales.



Para ver el misterio.

enlista y el poeta, tres personas distintas y un solo Zozaya verdadero (que no es el editor de música y concejal), y hay entre esos trabajos algunos que me parecen de primer orden. No conozco personalmente al Sr. Zozaya, apenas si tenía noticias, muy vagas por cierto, de sus excelentes trabajos periodísticos; pero la lectura de algunas de las composiciones y de muchos de los artículos contenidos en *Miscelánea literaria* dándome a conocer como uno de los pocos poetas y críticos, literatos y filósofos, todo en una pieza, que discurren con acierto, juzgan con imparcialidad y sienten de veras.

Hablando de la amenidad, muy recomendada a la juventud por un famoso académico de la Española, dice el Sr. Zozaya:

«Lo cómico nos seduce, lo ameno nos cautiva, y en tanto que las naciones germánicas se preparan en serio a ceñirnos su yugo, las naciones latinas esperan en los cafés, en los cabarets, en los boulevares la ocasión de prozurrupir, entre carcajadas y contorsiones grotescas, en el consabido grito *A Berlin!* coreado por la marcha de Boulanger y el paso doble de *Cádiz*.

«Sed amenos: tal vez lo Inconsciente de Hartmann, la Voluntad de Schopenhauer, lo Incognoscible de Spencer, lo Indescrutable, lo absoluto, lo infinito, no es sino lo ameno. Riamos, riamos, y cuando acabemos de caer en el lo lo arrojados a puntapiés por los que nos acechan, procuremos no echarnos a llorar, porque resultaríamos muy ridículos.»

Acaso el poeta se ha dejado arrebatar por la inspiración; tal vez han influido en sus raciocinios melancolias de su carácter ó vehemencias de su temperamento; pero no me nieguen ustedes que hay fibra y nervio y generosidad y nobleza en esas frases y en otras muchas del propio artículo *Sed amenos* y de los titulados *La Témis ciega*, *En el arroyo*, *La canción del invierno*, *Hombres y niños*, *La muerte del héroe*, frases que no copio porque la índole de estos trabajos no se presta a ello, pero en las cuales se respira ambiente de ternura infinita y de dulce tristeza. El poeta siente lo grande: aspira a lo bello, quiere lo bueno, mira en rededor suyo y tropiezan sus ojos con la ruin y lo feo, y el contraste arranca á su lira notas desgarradoras; es la historia eterna, la misma siempre, de los poetas verdaderos. Antonio Zozaya lo es, y basta leer una sola de sus composiciones, menos aún, una sola de sus estrofas, para comprenderlo.

Y... *basta de aplausos ya*, que si he dicho lo que en el libro *Miscelánea* encuentro digno de alabanza, justo es que diga ahora lo que me parece merecedor de censura.

No transijo, no he podido transigir jamás con las citas de autoridades en alemán, en inglés, en latín y hasta en griego que evocan en la memoria el recuerdo del insufrible pedante Don Hermágenes de la chispeante sátira de Moratin. Paso, y es bastante pasar, por que se apele á las citas en latín y en francés, porque el latín lo estudian, bien ó mal, cuantos han de seguir una carrera literaria, y el francés no lo deshonore en España ninguna persona de mediana cultura; pasará, si ustedes se empeñan, por que se reproduzcan textos italianos, que al fin y á la postre el idioma italiano, hermano del nuestro, es fácilmente comprensible; pero ¿á qué conduce el reproducir literalmente pensamientos de autores ingleses, alemanes y griegos?

No se me alcanza que pueda conducir más que á dos resultados: uno, probar la erudición del escritor que las reproduce y su conocimiento profundo en idiomas vivos y muertos; otro, probar la riqueza tipográfica del establecimiento en que se imprime el trabajo.

Ni uno ni otro tienen fuerza bastante para justificar el empleo de citas que, con toda certeza, no han de comprender un noventa y cinco por ciento de los lectores.

Que en esos pueriles alardes incurriese algún desdichado sin pensamiento propio, sin dotes personales, sin más mérito que el que llegue hasta él por reflexión desde ajenos cerebros, se explicaría, ya que no se justifica; pero que dé en ellos el joven y ya insigne autor de la *Crisis* *siglosa*, no puede comprenderse ni debe excusarse.

Y ya que nos hemos entrado por el terreno árido y quebrado de los *triquis tráquis*, declaro al poeta que no puedo tragar la siguiente cuarteta de su fábula *La inconstancia*:

«Ven, cariñosa Elisita,
gentil cual rosa de te;
dame un beso, sientatá
y escucha una fabulita.»

Primeramente, porque los consonantes diminutivos son de suyo ruidosos por excesivamente fáciles, y después porque, como diría el regocijado autor de la *Correspondencia* de este semanario, las palabras *te* y *sientatá* no tienen la honra de ser consonantes.

Verdad es que puede haberse escrito *sientatá*, y entonces esta palabra ya es consonante de la otra, pero no está bien escrita; aunque algunos clásicos lo hayan hecho.

Con todo eso, pueden ustedes creerlo, el libro *Miscelánea literaria* es un buen libro, un excelente libro, y calza á su autor, don Antonio Zozaya, á envidiable altura entre nuestros mejores literatos de ahora.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

Y ¿QUÉ DIGO?...

¿Qué quiere usted, señora,
qué quiere usted que diga
en album tan precioso

qué trastran tantas flores
de colores excelentes
que alogios la prodigan

poniendo á usted en los cuernos
ya de la *Carta nueva?*

¿Qué queda ya á este pobre
coplero de la villa
en donde usted sus gracias
exhibe noche y día?
¿Habrá piropo nuevo
que pueda yo decirle?
¿Lisonja ya no usada
ó hipérbolo no escrita?

¿No dice Pérez López
que son esas mejillas
trasantos de dos frescas
rosas de Alejandría?
¿No escribe en diez estrofas,
un vate de Sevilla,
que al mismo sol afrenta
la luz de esas pupilas?

A esos dientes Modrego
los llama perlas finas;
corales á esos labios
que con agravios ripian;
y así, *cuerpo* poetas,
pasando á usted revista,
acaso por ganarla,
la ponen ya perdida.

Leí que en los salones
usted es la estrella fija,
con larga cola en traje

que los devotos pisan
y hacen que anden prensas
con crónicas prolijas
en que hablan escritores
lo mismo que modistas.
Leí que un costurero,
que en la nación vecina
por ser modista en moda
entre las damas priva,
es quien hace esos trajes
que causan tanta envidia
(aunque al caspo mísero
le llevan á la ruina).

Leí que en carretela
usted á lo reina brilla
(aunque el marido en casa
está puesto en *berlina*).
¿Que usted es en los madriles
la magna maravilla,
y arrastra usted á los hombres
detrás de su sonrisa?

Leí ya tantas cosas
en prosa y verso escritas,
que una no más encuentro
que en su album no esté dicha:
Ninguno á usted la llama,
por ser tan gran mentira,
«buena esposa y espejo
de madres de familia.»

EDUARDO BUSTILLO.

EL P. MUTIS

Señor don Sinesio Delgado de N
y muy señor mío y muy apreciable:
En varios papeles he visto indirectas,
que ofenden á un hombre que tenga *carácter*.
Yo soy, don Sinesio, aquel desdichado
que dicen que falta y no falta á nadie;
aquel que entre varios, en la cabalgata
salí con Marchena vestido de fraile,
y luego, partiendo de allí á un Nuevo Mundo,
no dijo siquiera: «¡Abur, buenas tardes!»
No quiero que crean que instintos pequeños
guiaron mis pasos al Kastro, *pitaguá*,
ni quiero que crean que me he suicidado,
ni quiero que crean que estoy ya cadáver.
Un rayo divino llegó hasta mi mente,
un rayo divino bastó á reformarme.
Salí para el Norte, llegué hasta Bibado
viajando de gorra y á veces de gratis,
comiendo, bebendo, fumando pitillos,
sin pena ni gusto ni sueño ni pase.
Aquí en un convento coléme de momio,
diciendo que estaba enfermo del viaje,
cuando era forzoso decirles quién era,
pues ya se decían: «Aquí sobra un fraile.
Salí una mañana, al ver que las cosas
no iban á mi gusto. Partí para Cádiz,
y aquí estoy... hermano, del todo converso,
en un cafetín que han puesto con cante.»

Por el fraile,

EDUARDO DE PALACIO.

FILOSOFÍA DEL AMOR

Si en mí no confías, Juana,
para contarme tus penas
y el llanto ocultar procuras
que las mejillas te quemas,
me pruebas que no me quieres
como quiero que me quieras,
porque un amor con secretos
no es amor que al alma llega.
Para el placer de un instante
que muere entre dos ternezas
basta el cariño que á todos
la loca pasión nos presta,
más que emoción del espíritu
vibración de la materia,
que se extingue cuando el hábito
del febril deseo cesa.
Pero el otro, el verdadero,
el que da la dicha eterna,
requiere raíces hondas
y en otras bases se asienta.
No sólo en el goce deben
unirse las almas nuestras,
que si eso me contentara,
temiendo ansia la conciencia,
puede, en vez de tu cariño,

buscar el de otra cualquiera.
No! yo quiero que seamos
dos á pensar si tú penas
y llorar cuando tú lloras
compartiendo tu tristeza.
El amor no es sólo mimos
y suspiros y pámemas
y besos que, una vez dados,
no dejan rastro ni huella;
es también el suave aroma
de las dulces confidencias
y de los hondas pesares
sobrelevados á medias.
Eso es lo que mucho tiempo
grabado en el alma queda
y funde los caracteres
y los sentimientos mezcla.
Cuéntame, pues, lo que ansias,
lo que sufres, lo que piensas,
tus íntimas amarguras
y tus recordadas quejas:
nada de *genir* á solas
y fúgite luego tierna,
porque así, en la superficie,
no quiero ya que me quieras!

¿Qué me importa que me jures
amor y constancia eternas,
si lo que pido es el alma
y el alma no me la entregas?

Porque un beso, en el delirio
de la pasión, sabe a néctar,
pero si se da entre lágrimas...
¿no sabes lo que consuela!

SINESIO DELGADO.

¡SIEMPRE POR ELLAS!

Diz que siente el Señor predilecciones
por algunos mortales,
que consiguen que todas sus acciones
le parezcan á Dios excepcionales;
y uno de estos mortales era un chico
(cuyo nombre no indico
por ser en mi relato innecesario)
que no perdía misa ni rosario,
y ocupado en rezar y en obras pías
se pasaba las noches y los días.

Humilde, diligente, timorato,
de costumbres morales,
su expresivo semblante era el retrato
de todas las virtudes teológicas,
y cuanto hacía el joven predilecto,
en la gloria causaba buen efecto.
Pero quiso la suerte malhadada
que, oyendo el sacrificio de la misa,
se cruzase con otra su mirada
y cambiase por otra una sonrisa.
¿Quién resistió ni el más breve momento
cuando una mujer bella nos asedia
con miradas que son nuestro tormento?
Yo aseguro que el joven de mi cuento
no oyó de aquella misa ni la media.
No fué esto lo peor; que en adelante
iba al templo por ver á la que amaba,
y ya no se ocupaba
en rezar, cual rezó, ni un solo instante;
y el que fué de virtudes un modelo
dejó la senda que conduce al cielo.

Y Dios, al contemplar que una belleza
á un hombre hizo cambiar en un segundo,
exclamó con tristeza:
¿Para qué las pondría yo en el mundo!

FRANCISCO AGUADO ARNAL.

CHISMES Y CUENTOS

Ya sabrán ustedes á estas horas que hemos tenido crisis, con su cierre de tiendas, alborotos, petardos, etc., etc.

Todo porque sigue funcionando la red de moralidad administrativa entre cuyas mallas quedan solamente los peces pequeños y se escapan los grandes, cosa que parece mentira.

Pero que prueba la habilidad del que hizo la red

Y ya hace años.

A un tal Gregorio García
sus iniciales un día
curioso le pregunté,
y me respondió: G. G...
¡y pensé que se reía!

RAMÓN A. URBANO.

Leo con verdadero júbilo:
«La recaudación de las aduanas en el mes de Octubre último en Cuba ha dado un resultado brillante.»

Lo malo es que á pesar de tanta brillantez no hay Dios que nos ponga el cambio del oro á menos de diez y seis por ciento.

Se conoce que el brillo de las aduanas de Cuba se queda en el camino.
¿Está aquello tan lejos!

La di un beso. Avergonzada,
«que nadie lo sepa», dijo.
Hoy lo sabe todo el mundo...
¡y no soy yo quien lo ha dicho!

Desde el día en que pecaste,
siempre te estás confesando
por el gusto de que el cura
pasé, al oírte, un mal rato.

ALBERTO CASAÑAL.

Se ha publicado la lista de premios concedidos por el Jurado de la Exposición de Bellas Artes.

Y de ella se desprende una consoladora consecuencia: Que lo verdaderamente difícil es quedarse sin medalla. Viene á ser una cosa parecida á la de los ejercicios del Conservatorio, del cual no sale un alumno sin su primer premio correspondiente.

¿Ustedes creían que se habla concluido ya la broma del centenario de Colón?

¡Eso quisieran ustedes!

Banquete y recepción en el palacio de la Exposición histórica, ídem ídem en la embajada de Italia, en la de Francia, en la de Austria, en la de Inglaterra, en la de Suecia, y...

También se habla de una comida que dará el Gobierno, y algunos, que se dicen bien enterados, consideran probable que se celebre en Palacio una fiesta exclusivamente en honor de América.

Sólo falta que al alcalde nuevo se le ocurra dar el banquete suspendido por el marqués de Cubas.

Y así empalmamos un centenario con otro... y tan ricamente.

Libros:

La gran vía, revista de Felipe Pérez, música de Chueca y Valverde, vigésima quinta edición.

Margarita Roccamare, lindísima é interesante novelita de D. Gustavo Guzmán, lujosamente editada por la casa Hernando.

Versos para mujeres se titula una preciosa colección de composiciones poéticas originales del notable poeta vallisoletano D. Francisco de Zaramona, que revela en ellas su inspiración, buen gusto y corrección de estilo. Precio: 2 pesetas.

El costabel al gato, juguete cómico en un acto y en prosa original de nuestro compañero Fiacro Yráyzo, estrenado recientemente con gran éxito en el Teatro Lara.

Maria la Tejedora, poema de D. Santiago Iglesias, de indiscutible mérito, y al cual acompaña un prólogo de Núñez de Arce. Precio: 2 pesetas.

Catálogo del museo que expone el Ranco Cerrolaza y C.^a en el palacio de la Biblioteca Nacional.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

X. Y. Z.—Muy bonito... si tuviera gracia. Pero bien sabemos Dios, usted y yo que no la tiene.

Damisela.—Veamos:

«Saber quisiera de la musa el canto,
de la lira versos arrancar quisiera;
porque sólo quizás de esa manera
justicia haré á mi dulce encanto.»

De lo cual se desprende que no sabe usted de la musa el canto... ni contar bien las sílabas. Y lo peor es que sigue usted probándolo en lo que resta de la composición.

Sr. D. A. G.—No señor; no se hará más sobre ese asunto, porque carece de interés en provincias y... no podemos abusar.

Astor.—Es demasiado triste y sin novedad ni intención de ninguna clase.

Sr. D. S. S.—Malitas son entrambas cosas, compadre.

Rodajas.—No tiene nada de particular absolutamente. Ni usted se lo ha propuesto tampoco.

Sra. D.^a E. S.—El cuento es viejo y el romance en que se cuenta no puede ser más pedestre.

Sr. D. J. R.—¡Por Dios! no dedique usted á Zorrilla esas cosas, que se va á poner malo. Sobre todo si le llaman

«esa enigma comparable
á un torrente desbordable.»

Rodajas.—Es bastante mediana. Y algunos versos se le han salido á usted de su cauce, como el torrente anteriormente citado, y se les desbordan las sílabas.

P. pito.—Ni forma fluida,
ni gracia en el fondo,
y está el pensamiento
¡tan hondo, tan hondo!...

Fray Gaspa.—Tampoco está muy claro que digamos el soneto ese.

K. Fil.—Lindísima... y muy apropiado para un devocionario.

Un astur.—Está bien de las dos maneras, porque al decir *el* se suple periódico.

Un loco.—Voy á hacerle á usted una advertencia nada más: ¡El verbo *acchar* no se escribe con *hache*!

Periquito.—Poquito... pero malo.

Pena-alegre.—Ahí va el primer pedazo:

«¡Cuántas veces!... Muchas, muchas Pepilla,
estando en frente de mí
me has dado con tu pié en la rodilla...
porque fuese junto á tí!»

¿Le parece á usted que esos son versos de verdad? Pues tienen todo el cariz de prosa mala.

Punapié.—Bastante medianas las tres. Vienen á ser como las hijas de Elena.

Sr. D. J. C.—No, por Dios! Nada de novelitas cortas ni largas.

Un indio bravo.—Que hace años cantares demasiado débiles.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36

Biblioteca del MADRID CÓMICO

FÁBULAS Y CUENTOS

por JOSÉ ESTREMEIRA
Precio: 2 pesetas.

MIGAJAS

por J. LÓPEZ SILVA
Precio: 2 pesetas.

PÓLVORA SOLA

por SINESIO DELBANO,
dibujos de CILLA.
Precio: 3 pesetas.

ESPAÑA CÓMICA

Album de cincuenta cartulinas,
encuadernado en tela.
Precio: 25 pesetas.

TITIRIMUNDI

por LUIS TABOADA, dibujos de CILLA.
Precio: 3,50 pesetas.

GUASA VIVA

por J. PÉREZ ZÓRIGA, dibujos de CILLA,
MEGACHIS Y GROS.—Precio, 3 pesetas.



—Padre, soy en el fondo poco cristiano,
porque tengo una envidia desenfrenada
á quien tiene camita.—¿De dónde, hermano?
—Del Bazar de la Plaza de la Cebada.
Número 1.



—¡Mamá! ¡qué pantalones
tiene Pesquera!
—Legítimos ingleses.
—¡Quién los tuviera!
Magdalena, 20.



—Tirso Pérez me ha
paz y ventura.
—Me ha puesto inamo-
la dentadura!
Mayor, 73.



—La compré á Mar-
y me ha dicho Elena
que en su vida ha vie-
camisa tau buena.
San Sebastián, 2.



—En un quinto frofé Jacinto
con quina de Palomar,
y observé que al terminarse
tenía nueva el quinto.
Fuencarral, 24.
Droguería y perfumería.



—Ya me ha durado este saqueo
diez y seis años enteros.
—¿Sí? ¡Más duran los sombreros
de M. García Carrasco!
Carretas, 28.



—Me hicieron cuatro sangrías
y me quedé sin aliento;
almorcé en Las Tullerías,
y lo recobré al momento.
Matute, 6.



No puede haber un soldado
que tenga aspecto marcial
si no bebe el anisado
de la marca El Imparcial.
Vicen e Lóbez.—Zaragoza.



—¿Cómo diablos quieres ser
elegante y distinguido,
si hace un mes que no has be-
cognac fino de Moquer?
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.



—Si tratas de conservarte,
no dejes nunca de echar
Colonus de Palomar
en el agua de lavarte...
¡porque te puede pesar!
Fuencarral, 24.
Droguería y perfumería.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LANOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año 8.

provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exención de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

En número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primera derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID